Acariciaba, y al metal sonoro
De su amorosa voz prestaba oído.

De Diana las pupilas peregrinas,
De su ternura casta en los accesos,
Lágrimas eclipsaban diamantinas
Y él las secaba en el instante a besos!

En tanto el lago de cristal dormía,
Quejábase en el árbol la paloma;
La luna, hacia el Oriente, aparecía
Tras el declive de la extensa loma.

VII.

Un seudo-político de los que abundan en el país.—¿Está enamorado de Diana, o de sus diamantes?—Temores que inspira su conducta.

No sé si en mi paleta habrá colores
Con que yo retratarte, Álvarez, pueda,
O si, a pesar de artísticos sudores,
A mi aliento una empresa tal exceda.
Veo que tus acentos tronadores
Oye con atención ilustre rueda,
En la que hablar osara otro ninguno;
Tu profesión conozco: eres tribuno.

Tú marchas del progreso por la senda,
Y quieres a los pueblos oprimidos

Quitar la espesa vergonzosa venda
Qne tejieran tiranos foragidos;
Y, aunque este pueblo mísero no entienda,
Por más que lleguen siempre a sus oídos
Las palabras que brotan de tu labio,
Padre te llama y te proclama sabio.

Emancipar la gran familia humana
Es tu anhelo especial, ¡anhelo santo!
Mas dime ¿por qué zurras la badana
A tus pobres domésticos en tanto?
Ángel de tolerancia soberana,
¿Por qué no extiendes de la patria el manto
Sobre el menesteroso que te roba
En el seguro de tu misma alcoba?

Tachas al propietario de egoísta
Porque al pobre sus tierras no reparte:
Es hombre nulo para ti el artista
Y máquina venal quien sigue a Marte;
Mas ¿qué rumor metálico la vista
Te hace volver solícito a otra parte,
De la ley en el noble santuario?
¡Silencio! el mes acaba.... ¡es su honorario!

No imitas al honrado ciudadano
Que al poder echa en cara sus abusos,
O si él gobierna, con robusta mano
Sabe a raya tener a los ilusos:
De la chusma insensata (y nunca en vano)

Halagas tú los corrompidos usos;
Te ofrece cuenta conservarla amiga;
Oro es tu ley; la patria, tu barriga.

Tu suerte ¡cuán diversa de la mía!
En el ocio tu vida pasa entera,
Y en la mitad de tan holgada vía
Te aguarda, sí, ministerial cartera.
Yo por ganar el pan de cada día,
Aguzo cuanto puedo la mollera,
Y, anotando guarismo tras guarismo,
Hallo en mí siempre el arrancado mismo.

Bien; sigamos así; mas dime, ¿cómo
Hirió el amor tu corazón de acero
Y ha convertido a Bruto en fiel palomo
De albo plumaje y canto lastimero?
A la verdad mi entendimiento romo
Esto no acierta a concebir: yo quiero
Me digas si a Diana haces la ronda,
O a sus ricos diamantes de Golconda.

Quiero también me digas (y dispensa
Si de prudente límite me salgo,
Y a tomarlo no vayas por ofensa,
Que un Potosí por mi franqueza valgo)
Si entre la diosa a quien tu amor inciensa
Y tu persona, de común hay algo;
Si puede competir rastrera planta
Con el cedro que al cielo se levanta.

Y si no fuere así, tu alma patriota
¿Por qué, experimentando sus desdenes,
Con nube de tristeza se encapota,
Y con ira te aprietas ambas sienes?
Ello, si estás en público, se nota
Que tu dolor y cólera contienes,
Pues sabes que este género de males
Suele a risa mover a los mortales.—

Inspira miedo la serpiente astuta
Que al peregrino con su aliento enerva,
A un lado puesta de la estrecha ruta,
Do a la vista se esconde entre la hierba.
Gusta el gusano de horadar la fruta
Que el hortelano a su festín reserva,
Y aunque la encuentre verde, echa en su seno
El inmundo licor de su veneno.

VIII.

Preparativos de boda.—El baile en la quinta.—El dominó blanco.—Don Francisco de Quevedo.—Re conciliación de Álvarez y Carlos.—Una carta anónima.—El desengaño.—Rompimiento.

Con regocijo acepta la familia
A Carlos para esposo de Diana,
Que si carece de riqueza, alberga
Su noble pecho cualidades altas.
Asoma la alegría a los semblantes

De hombres y de mujeres cuando hablan
Del proyectado enlace que, sin duda,
Tendrá efecto en la próxima semana.
No faltan sonrisillas picarescas
O señales equívocas de lástima
Hacia el galán que, cual la antigua zorra,
Las uvas que apetece verdes halla:
Y es fuerza, al contemplar la indiferencia
Con que a la hermosa novia Álvarez trata,
Creer que en su alma con valor extingue
Hasta el vestigio de amorosa llama,
Y que del mundo imbécil (imitando
Al Sabio Rey) los desengaños palpa.

El buen humor de todos contribuye
A dar lustre al primer baile de máscaras,
Por hallarse en el cual, vinieron jóvenes
De la ciudad cercana, ilustres damas,
Músicos y demás gente curiosa
Que a la bulla concurre, aunque no baila.
Cubre pérsica alfombra el pavimento,
Cuadros y espejos las paredes blancas
De la sala espaciosa y, por do quiera,
Puestas las flores en marmóreas jarras,
Su perfume exhalando, se marchitan,
Cual la inocencia en el festín se empaña.
Brilla la esperma en candelabros de oro,
Sus instrumentos mágicos ensayan
Los músicos, y pueblan el recinto,
Con disfraz o sin él, personas varias.

El cabello trenzado con esmero,
De alabastro la tez, de fuego el alma,
Flexible la cintura como el junco
Que se comba en la selva solitaria,
Doncellas mil en brazos de los jóvenes
Vuelan girando en la festiva danza.—
La atención de la noble concurrencia,
Cual ningún otro, en el momento llama
Ligero dominó de raso blanco,
Que lleva capuchón color de grana.
Su careta finísima remeda
Semblante femenil lleno de gracia;
Leve lunar junto al carmíneo labio
De la sedosa tez la nieve esmalta.
En su redor apíñase la turba
De los curiosos que su mano palpan,
Reconociendo en ella bajo el guante
Tal pequeñez, que en fabulosa raya.
Otros, della detrás, con disimulo,
De su ropa talar alzan la falda,
La bella forma de sus pies mirando,
Que diminutos borceguíes calzan;
Y se dicen los hombres al oído
Que otra no puede ser sino Diana
Quien así se disfraza, y ya su mano
Quién para el comenzando vals demanda,
Quién para la cuadrilla o la mazurca,
Quién para la tercera contradanza;
Mas ella se escabulle y deja a todos
Tendiendo en vano con afán las palmas.

También excita de la sala en medio
Vivas curiosidades otro máscara,
Que a Don Francisco de Quevedo imita
En el aspecto y la festiva charla.
Va mostrando la cruz de Santiago
En su capa, y un pie disforme arrastra
Por dar a niñas, jóvenes y viejas
Zumba mortal en sus rimadas sátiras.
Con la faz verdadera de Quevedo
De su careta es tal la semejanza;
Tan bien conoce del poeta insigne
Hasta las más ligeras circuntancias,
Que poco a poco el círculo se aumenta
De los que a oír acuden sus palabras:
Suspéndese la danza, y olvidados,
Como si a leguas cien de allí se hallaran,
Quedan algunos máscaras de aquellos
Que entran en el salón, miran y callan,
O, si a soltar la lengua al fin se atreven,
Hablan *de usted* y necedades hablan.

De la turba de oyentes a ese tiempo
Álvarez en su traje se separa:
Habla al oído a *Don Farncisco* y llévale
A la pieza al salón más inmediata,
En la cual abundante y rica cena
Está por diestra mano preparada.
—«Carlos, le dice con su voz melosa,
De Quevedo el papel jugáis con gracia;
Pero personas hay que os conocieron,

Y es ya inútil fingir.... Yo deseaba
Una ocasión cual ésta, en que deciros
Que vuestra dicha júbilo me causa:
Mi amor he sofocado para siempre.
¡Diana con su amor feliz os haga!
Y en prueba de amistad, aquí apuremos
Si os parece, dos copas de Champaña.»
Acepta Carlos. Álvarez las copas
Llena, y en la de aquél una substancia
Desconocida echó con disimulo:
Ambos las copas cogen.... las levantan,
Las chocan, beben, y de allí a un momento
Cual dos amigos íntimos se apartan.
Y, no bien al salón llegaba Carlos,
Cuando cierta solícita criada,
De quien harán memoria mis lectores,
Al joven temblorosa mano alarga
Para darle un papel, y se retira
Mientras Carlos por él la vista pasa.

«Soy un amigo vuestro (le decían,
Sin fecha y firma en la supuesta carta)
Y de ver que Diana está jugando
Con vuestro corazón, duéleme el alma.
No creáis en la boda prometida:
Antes que vuestro amor ella pagara,
Ya de su corazón otro era dueño,
Y hoy viene a reclamarle su palabra.
Si crédito no dais a estos renglones,
Salid por un momento de la sala

Y en la sombra esperad, porque al amante
Cita para el jardín tiene ella dada,
Y a veros un instante descuidado,
Para cumplir su compromiso, aguarda.
Pero escuchadme, Carlos: no vayáis
A armar aquí con vuestra afrenta zambra;
Nada de quijotismo; el que es prudente,
De lo que mira se aprovecha y calla.»

Intención tuvo Carlos de hacer trizas
El vil papel que la pureza mancha
De su hermosa Diana; pero tiende
La vista, y lo que ve su sangre cuaja.
Con máscaras diversas, allá lejos,
Diana estaba en misteriosa plática:
Carlos creyó notar que sus acciones,
Sin perderle de vista, ella espiaba,
Y entonces el demonio de los celos
En su pecho infeliz hinca la garra.
«Con cerciorarme nada pierdo (dice)
De lo que anuncia esa funesta carta.»
Y hasta el confín del corredor obscuro
Corre, y allí temblando se agazapa.

Cuando él salió, por la contraria puerta
Con traje al suyo igual, asoma un máscara:
Pasea su mirada recelosa,
Luego se acerca adonde está Diana
Y le dice al oído: «Necesito
Hablarte en el instante dos palabras.»

«Bailaremos, Diana le responde,
Creída ya de que con Carlos habla;
Mas él insiste en que al jardín vecino
Vayan los dos mientras la gente baila.
Acalorada ya con la careta,
La agitación causada por la danza,
La luz, la concurrencia, ella sentía
Arder sus ojos cual si fuesen brasas:
Un helado sudor bañó su frente,
Y vueltas daba en su redor la sala;
Mas, conociendo el genio caprichoso
De su amante, hacia afuera le acompaña,
En él se apoya y dícele: «Hace rato
Que te quería hablar.... me siento mala.»
—«Tal vez el aire fresco de la noche
Disipará tu malestar.» Llegaban
En esto a aquella puerta que salida
Presta al jardín: desdobla una ancha capa
Nuestro desconocido y se arreboza,
Sin que manejo tal advierta Diana.

No bien los viera Carlos dirigirse
Hacia la fuente del jardín, a gatas
Corre por los lugares más sombríos;
Hiérese rostro y manos con las zarzas
Que le obstruyen el paso: da un rodeo,
Y, al fin, detrás de una ruinosa tapia
Se detiene.... comprime los latidos
Con que su corazón el pecho salta,
Y con sus manos trémulas sofoca

Hondo gemido que partió del alma.
De las estrellas a la luz incierta
Ve que muy cerca de él los dos se abrazan,
Y que el desconocido imprime un ósculo
En la frente de aquella que le engaña:
Por si incompleto el desengaño fuese,
Llegaron a su oído estas palabras:
Desc.—«Temo, sí, por mi amor mientras ese hombre
Continúe viviendo en esta casa;
Su vista me enfurece....»
Dian.— «Sólo un ciego
Pudiera no advertir que sólo ama
A ti mi corazón; que mis riquezas
Son lo que a él únicamente halaga:
Mas por qué dizfrazado permaneces?
¿Por qué finges la voz....?
Desc.— Vaya, Diana,
Retirémonos ya, pues frío el viento
Sopla y a tu salud acaso daña.»

Cual leona a quien roban sus cachorros
De la espesura enfurecida salta,
Viendo que los amantes se retiran,
Carlos salvó la derruïda tapia.
Despareció el traidor.... El rostro vuelve
Ella cuando arrancábase la máscara
Carlos, y al verle, un grito de sorpresa
Y espanto su convulso labio exhala.
Él se acercó, pintada en su semblante
La agonía, el deseo de venganza,

Y apoyando su cuerpo contra un árbol,
Inmóvil permanece como estatua.
Diana sus manos lleva hacia la frente,
Porque creía que soñando estaba.
«No: yo estoy loca,» dijo. «Eres tú, Carlos?
Respóndeme.... ¡no sé lo que me pasa!»
—«Soy yo,» contesta Carlos. «Si hombre alguno
Cuanto he visto y oído me contara,
Lejos de darle crédito, mi mano
Hoy ostentara una sangrienta mancha,
Y de tal homicidio tú, sin duda,
Fueras, mujer, la despreciable causa!»
—«Esto no puede ser,» clamaba ella:
«Alguno mutuamente nos engaña.»
De pronto vaciló.... su frente ardía,
Al corazón su sangre se agolpaba:
«Todo se aclarará,» dijo, tendiendo
Hacia su amado las errantes palmas:
«A mi aposento, por piedad, me lleva:
No me puedo tener; estoy muy mala.»
Carlos allí con ímpetu terrible,
De indignación temblando, la rechaza.
De su rival en pos correr quisiera,
Y el narcótico ya su vista empaña,
Sus miembros entorpece....da tres pasos...
Anúdase la voz en su garganta,
Y derríbale al fin sueño invencible
Sobre el tapiz de la extendida grama.—
Diana en tanto en la pared se apoya
Del largo corredor; su cuerpo abrasa

La fiebre; lanza allí débil gemido;
Torna a seguir su trabajosa marcha,
Abre la puerta de su alcoba, y entra
Y se desploma, de sentido falta.

SEGUNDA PARTE.

I.

Filosofía que suele ser el resultado de la desgracia.—Carlos abandona la qninta.—El día nublado.—Un momento de agonía.—Diana enferma.—Vanidad de la ciencia.—Raro sueño de Diana.—Pierde la razón.

«Toda mujer es vaso de veneno
Que a sus labios incauto el hombre lleva:
La más hermosa, tímida, inocente,
Es flor que abriga un áspid en su seno.
Pon a sus pies tu corazón ardiente,
Hombre insensato, de esperanzas lleno;
Cifra tu bienestar en su cariño,
Confíala tu honor, tesoro santo
Que al aire ha de esparcir hecho ceniza,
Para reir de tu candor en tanto!

«El hombre por capricho quiso un día
Planta rastrera levantar del cieno;
Altares le erigió; se prosternaba
Para adorarla: ¡necia idolatría!
La planta al cieno en que nació tornaba:
Vivir en otra esfera no podía.